

timada y tan venerada, le habia de producir otras muchas conquistas. Pero se engañó su astucia sacrilega. Léjos de haber podido triunfar de Melania, ésta, por el contrario, le convenció de sus errores, le confundió, y le hubiera atraído indudablemente á la verdadera fe, si un hombre como Pelagio, ciego de orgullo, hubiese podido ser convertido.

El célebre Boluciano, prefecto de Roma, gran filósofo pagano, defensor fanático y obstinado de las doctrinas y de los ritos del paganismo, causaba la aficcion de su madre, que era cristiana. Ella lo recomendó á San Agustín para que procurase convertirlo. El gran doctor se ocupó de ello en efecto, y con este motivo escribió sus *Cartas á Boluciano*, en las que expuso de la manera mas luminosa y más conveniente la verdad y la excelencia de la fe cristiana. Boluciano se conmovió, pero no se convirtió, y permaneció firme en su fanatismo y en su obstinacion. Dios, dice Baronio, habia reservado la gloria de esta conversion al celo y á la piedad de una mujer. Habiendo ido Boluciano á Oriente con una mision del Emperador, y habiendo caido enfermo de peligro en Constantinopla, lo hizo saber á Santa Melania, su sobrina, que se hallaba en Jeruealen, con el fin de que fuese á asistirle. La celosa Melania se trasladó al instante mismo al lado de aquel hombre, mucho más enfermo de espíritu que de cuerpo, y ocupándose ante todo del estado de su alma, supo demostrarle tan bien el vacío de la filosofia, la vanidad de los ídolos y la verdad del Cristianismo, que Boluciano, como si una mano invisible le hubiera quitado la venda que le cegaba, abrió los ojos de su espíritu á la verdadera luz, pidió hacerse y se hizo, en efecto, cristiano. Pues bien, esta conversion difícil, esta gran conquista de la fe, en la que el genio más grande del mundo habia fracasado, y que Dios reservó al celo de una mujer, al mismo tiempo que causó, segun el mismo Baronio, la alegría de la Iglesia y la admiracion del mundo, es tambien una prueba de la importancia de la mujer bajo el punto de vista religioso.

§ XXIV.—Prosigue la misma materia.—Santa Marcela y sus grandes virtudes.—Ésta es la fundadora de los institutos monásticos en Occidente.—Su celo salva la fe católica en Roma.

Al mismo tiempo que Santa Melania manifestaba en Oriente, con tales prodigios, su celo y su adhesion á la causa del Catolicismo, otra mujer católica la hacia triunfar en Roma. Era Santa Marcela, á quien San Jerónimo amaba como á la más ilustre de sus hijas espirituales, á quien Santa Principia veneraba como á su madre, y de quien aquel santo doctor decia á esta jóven vírgen: «Marcela no pertenecia solamente á tí y á mí, sino que pertenecia á la Iglesia; ella era la mayor gloria de la ciudad de Roma y *de todos los santos*» (1). Descendiente de la antigua familia de los Marcelos, en la que el consulado y la pretura se habian hecho hereditarios, ninguna mujer poseyó en más alto grado las ventajas de la nobleza, de la riqueza y de la belleza. Sin embargo, habiendo quedado viuda á los siete meses de su matrimonio, nó quiso oír hablar de nuevas nupcias; ella rehusó la mano del cónsul Arcadio, pariente del Emperador. Ella hizo voto, segun sus expresiones, *de una castidad eterna* (2); vendió sus bienes, hizo pasar su importe á manos de los pobres, y se consagró enteramente al bien de las almas y al servicio de la Iglesia.

Desde luégo se retiró á una pequeña casa del monte Aventino con Principia, su hija espiritual, jóven que ella habia educado en la más elevada piedad, y que San Jerónimo hizo ilustre por las cartas que le dirigió. Allí fué donde, durante la ocupacion de Roma por los bárbaros al mando de Alarico, habiendo entrado muchos soldados en su casa, le pidieron el oro que tuviese. «Mi oro, les respondió ella, lo he repartido á los desgraciados, y no me he reservado más que la túnica con que me veis cubierta.» Creyendo los

(1) «*Marcelam tuam, imo meam, et ut verius loquar, nostram, omniumque Sanctorum et romanæ urbis inelytum decus.*» (*Epist. ad Principiam.*) En otro lugar llama el mismo santo doctor á Marcela, «el ejemplar único de la vida de las viudas y de la santidad romana: *Unicum viduitatis et romanæ sanctitatis exemplar*» (*In Epist. ad Ephes.*), y en el prefacio de sus comentarios sobre la Epístola á los gálatas y sobre Ezequiel le tributa tambien los mayores elogios.

(2) «*Cupio me æternæ pudicitiae dedicare.*» (Hieron., *ibid.*)

bárbaros que ésta era una excusa, la derribaron en tierra y la maltrataron terriblemente. Pero Marcela, sin quejarse lo más mínimo por el tormento que le hacían sufrir, y como si hubiese sido insensible á su dolor, la única gracia que pedía era que no la separasen de la jóven Principia, á quien su edad y su belleza exponían á unos insultos más crueles que la misma muerte. Esta firmeza de alma de la santa viuda conmovió á los bárbaros, los cuales condujeron á las dos á la basílica de San Pablo, donde, según las órdenes de su jefe, todo el que se refugiaba estaba salvo.

En este mismo tiempo una mujer católica, de una belleza singular, cayó en manos de un jóven godo arriano. No habiendo podido el bárbaro conseguir que ella accediese á sus malos deseos, sacó su espada para asustarla, la hizo una pequeña herida en la garganta; pero la honesta mujer, sin alterarse en lo más mínimo, y teniéndose por dichosa de sufrir el martirio por la castidad, le presentó resueltamente la garganta para que le cortase la cabeza. Este rasgo de virtud y de valor admiró á su agresor, que, lejos de hacerla el menor daño, la acompañó él mismo á la dicha basílica, la recomendó á los guardias y les dió seis monedas de oro, con orden de que no la entregasen sino á su esposo.

Otra virgen de edad madura, á quien el clero había confiado los vasos sagrados, yendo á llevarlos á la basílica, fué encontrada por un oficial superior, que, viendo que llevaba unos objetos de mucho valor y de mucha belleza, le intimó que se los diese. « Éstos son, le dijo ella, los vasos del apóstol San Pedro; no pudiendo defenderlos, no me he atrevido á retenerlos; yo los llevo á la Iglesia, á que pertenecen. Tomadlos si os atreveis; vos responderéis de ellos á la Iglesia. » Admirado el oficial de esta presencia de espíritu y de este valor, mandó decir á Alarico lo que había ocurrido, y éste mandó que se llevasen los vasos sagrados á la basílica de San Pedro, y que se llevase también con escolta al mismo tiempo á la virgen sagrada y á todos los cristianos que se uniesen á ella. Al referir estos hechos, según San Jerónimo, Sozomeno y Orosio, M. Rohrbacher ha dicho con mucha razón: « Las mujeres cristianas parece que tomaron entonces el valor que los hombres habían perdido. » Pero volvamos á Santa Marcela.

Habiéndose asociado un gran número de ilustres vírgenes y de jóvenes viudas, á quienes su ejemplo había impulsado á seguirla

en el camino de la perfección cristiana, convirtió su casa en convento, y con las compañeras de su fervor comenzó allí aquella admirable vida de contemplación de las cosas celestiales, de estudio de los libros santos, de una perfecta abnegación de sí misma, y de una consagración completa á la Iglesia y á los pobres, que continuó hasta su muerte.

Á la cabeza de todas las obras de religión y de caridad que se hacían en Roma, Marcela estaba obligada á abrir su ilustre casa á todo el mundo. Recurrían á ella en todas las necesidades del culto y de los pobres. Sin embargo, jamás recibió en su casa á ningún hombre, aún cuando fuese eclesiástico ú obispo, sino en presencia de sus hijas espirituales ó de aquellas mujeres graves que formaban todo su séquito (1). Esta reserva, unida á la modestia angelical de su semblante, á la sencillez y aún á la pobreza de su vestido, y á la santidad de sus obras, le concilió el respeto de todo el mundo, de tal manera, que ésta es la única santa mujer de cuyas relaciones y de cuyas costumbres jamás osó sospechar, ni aún levemente, la malicia humana. Aún los mismos paganos que se encontraban entonces en Roma, le tributaban homenaje, y confundidos por sus acciones, aprendieron de ella, dice San Jerónimo, lo que es una viuda cristiana (2).

Habiéndole dado este santo doctor algunas lecciones sobre la ciencia de los libros santos, Marcela se aprovechó en poco tiempo de lo que San Jerónimo había aprendido con un largo trabajo, é hizo tales progresos, que cuando San Jerónimo se ausentó de Roma, aún los sacerdotes y aún los mismos obispos la consultaban á ella sobre cuestiones bíblicas, y sus decisiones en esta materia eran recibidas como oráculos. Es verdad que, siendo ella tan modesta como sabia, para que no se le atribuyese el honor de sus respuestas, atribuía á San Jerónimo ó á otro doctor sus bellas interpretaciones de la Escritura, y que ejerciendo el ministerio de maestro, tenía la humildad de un discípulo; pero no es ménos cierto que se

(1) « Nullum clericorum aut monachorum, quod amplæ domus interdum exigebat necessitas, vidit absque arbitris. Semper in comitatu suo virgines et viduas et ipsas graves feminas habuit. » (Hieron., *ad Princip.*)

(2) « Ab hac primum confusa gentilitas est, dum omnibus patuit quæ esset viduitas christiana. » (Hier., *ad Princip.*)

la consideraba y se la honraba en cierto modo como á uno de los doctores de la Iglesia (1).

Desde el momento en que el Cristianismo fué llevado á Roma por los apóstoles, se vió en aquella ciudad un gran número de cristianos de uno y de otro sexo que profesaban la virginidad voluntaria; pero la vida monástica propiamente dicha era allí desconocida. Un resto de las preocupaciones paganas, de que los cristianos no habian podido desprenderse absolutamente, miraba como un deshonor el nombre, el hábito y la vida del monje; de modo que nadie habia pensado jamas establecer en Roma esta vida ni este nombre. Pues bien, lo que ningun hombre se habia atrevido á hacer, una mujer, Santa Marcela, lo emprendió y llevó á cumplido efecto, á despecho de las preocupaciones del mundo, para mejora de las costumbres y para la mayor gloria de Dios y de la Iglesia.

Habiendo ido á Roma San Atanasio, el discípulo y el historiador del grande Antonio, en el año de 340, en compañía de muchos sacerdotes de Alejandria, huyendo del furor arriano, Marcela se encargó de alimentarlos y cuidarlos. Habiendo tenido conocimiento Marcela, en sus conversaciones con aquellos confesores de la fe, con aquellos modelos de virtud, de la vida de San Antonio, de la regla de San Pacomio, y de la disciplina monástica de las vírgenes y de las viudas, siendo tan emprendedora y tan celosa como modesta, se apresuró á establecer los monasterios en Roma (2). Una de sus heredades en los alrededores de la ciudad fué el lugar que eligió para fundar su primer monasterio, donde se retiró con las más fervorosas de sus discípulas, convirtiéndolo bien pronto en una verdadera Tebaida. Este ejemplo, dado por las mujeres, fué seguido al momento por los hombres. Los alrededores de Roma vieron, lo mismo que los alrededores de Jerusalem, levantarse como por en-

(1) « Sic interrogata respondebat; ut etiam sua, non sua diceret, sed vel mea vel cujuslibet alterius, et, in eo ipso quod docebat, se discipulam fatetur: ne virili sexui et interdum sacerdotibus de obscuris et ambiguis, sciscitantibus, injuriam facere videretur. » (*Ibid.*)

(2) « Nulla eo tempore nobilium, feminarum noverat Romæ propositum monachorum; nec audebat, propter rei novitatem, ignominiosum, ut putabatur, nomen assumere. Hæc ab alexandrinis sacerdotibus, papaque Athanasio, vitam B. Antonii, Pachumii et virginum ac viduarum didicit disciplinam, nec erubuit profiteri quod Christo placere cognoverat. » (*Hier., ad Princip.*)

canto una prodigiosa multitud de monasterios de solitarios, y una multitud igual de monasterios de vírgenes, en los que los más elevados personajes de ambos sexos renunciaron generosamente al mundo, para consagrarse al servicio de Dios; y profesando todos ellos la vida monástica en todo su rigor y en toda su perfeccion, hicieron esta vida, tan desacreditada entónces, una vida gloriosa aun á los ojos del mundo (1).

Santa Sofronia y otras muchas ilustres matronas romanas imitaron despues el celo de Marcela por la vida monástica (2). De modo que el gran Benito, el reformador, el propagador, el patriarca de todos los institutos monásticos de Europa, siguió el mismo camino que las mujeres heroicas habian seguido; y por consiguiente, Santa Marcela fué para el Occidente lo que los Pablos y los Antonios habian sido para el Oriente: la verdadera fundadora de la vida monástica para ambos sexos.

Pero las santas dulzuras de la vida contemplativa no hacian olvidar á Marcela los grandes intereses de la fe. Á ejemplo del gran Antonio, que de tiempo en tiempo dejaba su soledad para ir á reprender á los emperadores arrianos su apostasia, y confundir el arrianismo, Marcela, habiendo sabido los peligros á que estaba expuesta en Roma la pureza de la fe por las intrigas de los origenistas, no vaciló un momento en dejar su claustro y volver á la ciudad para desenmascararlos y combatirlos por todos los medios posibles.

El astuto Rufino acababa de traducir al latin, intercalando varios errores, la obra de Origenes, *De los principios*, y otros varios escritos pestilenciales de la misma secta, que él habia llevado de Oriente, y por medio de un famoso intrigante, el monje Macario, los habia esparcido en todas las clases, y habia inundado de ellos la ciudad entera.

Esta propaganda del infierno tenia un horrible éxito. Ciertos piés, manchados de lodo, dice San Jerónimo, habian enturbiado

(1) « Suburbanus ager vobis pro monasterio fuit; et rus electus pro solitudine. Ita vixistis, ut ex imitatione vestri, conversione multorum, gauderemus Romam facta esse Jerosolimam. Crebra Virginum monasteria, monachorum innumerabilis multitudo; ut, pro frequentia servientum Deo, quod prius ignominia fuit, esset postea gloria. » (*Hier., ad Princip.*)

(2) « Hanc, multos post annos, imitata est Sophronia et alia. » (*Ibid.*)

la fuente purísima de la doctrina romana (1). La fe del pueblo romano, que, según el apóstol San Pablo, era la regla del mundo, había sido violada en muchos puntos (2). La nueva herejía había hecho un gran número de víctimas, aun entre los sacerdotes, aun entre los monjes, y con mucha más razón entre los legos. El mismo Soberano Pontífice, Siricio, cuya sencillez de alma era tan grande como la santidad de sus costumbres, y que juzgaba por su propio candor las intenciones de los demás, pareció por un instante que había sido engañado por la hipocresía de los nuevos fariseos (3).

Habían conseguido también hacer sospechosos á la Santa Sede los Vicentes, los Eusebios, los Paulinianos, y el mismo San Jerónimo, que eran los más celosos defensores de la doctrina católica. Por mucho que ellos habían reclamado y gritado, no se les escuchaba (4). Pues bien, en estas circunstancias tan graves, en presencia de tanta tibieza, de tanta negligencia y de tanta flaqueza de parte de los hombres, se valió Dios de la perspicacia, del celo y del valor de una mujer para conservar intacta la fe de Roma. Sola Marcela fué quien deseando agradar á Dios más bien que á los hombres, hizo á la herejía origenista una resistencia pública, vigorosa y eficaz (5). Ella fué quien, con el testimonio de los que habían caído en el error y lo habían abjurado, y á quienes ella había obligado á declarar ante la Iglesia acerca de la doctrina origenista, convenció á todo el mundo de los errores de esta doctrina (6). Ella fué quien despertó el celo del primer pastor manifestándole la inmensa multitud de almas que el error había extraviado (7). Ella fué quien indicó al mismo Pontífice las impiedades de los libros *De los principios*, tales como el escorpion de Rufino los había alte-

(1) «Romanæ fidei purissimum fontem lutoso ceno permiscuere vestigia.» (Hier., *ad Princip.*)

(2) «Sensit fidem, apostolico ore laudatam, in plerisque violari.» (*Ibid.*)

(3) «Ita ut sacerdotes quoque et nonnullos monachorum, maximeque sæculi homines, in asensum sui traheret, et simplicitati illudere Episcopi qui de suo ingenio cæteros estimabat.» (*Ibid.*)

(4) «Tunc nostrorum dissoluta est contradictio.» (*Ibid.*)

(5) «Sancta Marcela publice restitit: malens Deo placere quam hominibus.» (*Ibid.*)

(6) «Adducit testes qui prius ab hæreticis fuerant eruditi, et postea ab hæretico fuerant errore correpti.» (*Ibid.*)

(7) «Ostendit multitudinem deceptorum.» (*Ibid.*)

rado, y los hacía distribuir por todas partes (1). Ella fué quien hizo enviar á Roma repetidas veces para que se justificasen, á los herejes origenistas, que no se atrevían á presentarse, prefiriendo ser condenados en su ausencia á ser reprimidos y confundidos por una mujer (2). Finalmente, si fueron condenados todos ellos, esta condenación fué obra del celo de Marcela (3). ¡Ved aquí, pues, una mujer hecha el martillo de los herejes!

§ XXV. — Santa Paula renovando en Oriente las maravillas que Santa Marcela obraba en Occidente. — Su viaje á Oriente y su visita á los Santos Lugares. — Su penitencia, su caridad, y su celo contra los herejes. — Honores extraordinarios que la Iglesia le tributó durante su vida y despues de su muerte.

No se puede hablar de Santa Marcela sin acordarse de aquella ilustre matrona, su amiga, que formaba al mismo tiempo que ella, y tanto como ella, la admiración del mundo y la gloria de la Iglesia. Hablo de Santa Paula, que tuvo á Roma por patria, á los Escipiones por abuelos, á grandes santos por hijos, al Oriente por teatro de sus obras, á Belén por sepulcro y á San Jerónimo por panegirista.

«Aunque todos mis miembros, decía el santo doctor al principiar el elogio de esta heroína cristiana; aunque todos mis miembros se convirtiesen en lenguas, y todas mis fibras articulasen voces humanas, no podría yo decir cosa que fuese digna de las virtudes de la santa y venerable Paula, que siendo descendiente de los Gracos y heredera de Paulo (Emilio), prefirió, por amor de Jesucristo, Belén á Roma, y una humilde choza á los dorados palacios.» (*De vita et laudibus Sanctæ Paulæ, ad Eustochium.*)

«Habiendo perdido á su amado esposo á la edad de treinta años,

(1) «Impia *De principiis* ingerit volumina, quæ emendata manu *scorpii* monstrabantur.» (Hier., *ad Princip.*)

(2) «Dum acciti, frequentibus litteris, hæretici, ut se defenderent, venire, non sunt ausi, et absentes damnari quam præsentibus coargui maluerunt.» (*Ibid.*)

(3) «Damnationis hæreticorum Marcela principium fuit.» (*Ibid.*)